

Antes de empezar a contarles esta historia me gustaría presentar a su protagonista. Pedro Costa tiene ocho años y vive en una ciudad naranja, que tiene forma de abanico y se recuesta sobre un río. Digo que es una ciudad naranja, porque a veces, Pedro juega a mirar todo con los ojos casi casi cerrados, bien arrugaditos, dejando que sus pestañas filtren las imágenes y las desdibujen. En esos momentos, él dice que solo logra colarse la luz naranja y todo lo que mira se va tiñendo de ese color.

Pedro lleva el nombre de su abuelo, al que le tiene mucho cariño a pesar de que apenas lo conoce por una foto que su papá tiene en la mesita de luz, en la cual tenía unos 40 años. En ella se lo puede ver a Pedro (grande) sonriendo detrás de un bigote enorme. Siempre que Pedro (chico) mira esa foto, le parece que su abuelo le está guiñando un ojo, divertido. Cuando era más pequeño, digamos hace unos tres años, le contó esta sensación a su mamá, pero como ella no le hizo mucho caso, ya no lo mencionó más. Sin embargo, cada vez que pasa por la mesa de luz, él le devuelve el guiño, cómplice.